NUESTRA CONDICIÓN PRECARIA

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Uno de los grandes filósofos contemporáneos, -discípulo de Husserl, Martín Heidegger, cuya filosofía influyó en el gran teólogo Karl Rahner, propugna el aceptar la existencia auténtica como “ser para la muerte”; pone el acento en la finitud y en la temporalidad de la experiencia humana: la esencia es “estar ahí”,- dasein , es propiamente la existencia. Ser para la muerte es la esencia de la angustia. Banaliza la angustia quien la convierte en miedo a la muerte. Aceptar ser para la muerte eleva al hombre por encima de los afanes mundanos. Esa es la verdadera experiencia del tiempo. Esta visión es pesimista: dejar de ser, más allá del tiempo, solo la nada. Esto lo expone en la obra que lo hizo mundialmente famoso “Ser y Tiemp””. A lo cual pensamos, no puede aceptarse una existencia como inauténtica por el anhelo natural de sobrepasar la temporalidad y de mantener el deseo de supervivencia e inmortalidad. Por supuesto , Heiddegere tiene otras obras donde valora la poesía, el humanismo, el lenguaje como la casa del ser, la obra de arte, su propia cabaña, etc. Llama la atención su postura expresada en una entrevista al periódico alemán Der Spiegel (1966) con la condición de que fuera publicada hasta después de su muerte; y así fue, diez años después (1976 ) cuando se dio a conocer. Ahí sostuvo que “solo Dios salva”. Ante esa condición precaria de la vida humana examinada por este filósofo, al llegar él a su “situación límite”, manifestará esa gran esperanza: “solo Dios salva”. Después de muchas teorizaciones y chismorreos, este tiempo de Cuaresma es tiempo para ubicar la propia existencia como existencia auténtica. Tiempo de desierto y silencio, para reconocer que “somos polvo y ceniza, y poco menos que nada”, como lo afirmó Abrahán; pero nuestras propias cenizas pueden revivir, si hemos aceptado la vuelta a la Casa del Padre, siguiendo la invitación de Jesús, “conviértete y cree en el Evangelio”. Vuelta a la Casa del Padre, para escucharlo y responderle en una una escucha y respuesta humilde; traducir la vida vinculada a la oracíón en una limpieza de conciencia,-confesión, y penitencia, lejos de fariseísmos; una existencia auténtica de amor y misericordia para los hermanos; una existencia auténtica “personal y comunitaria que nos comprometa a relacionarnos armónicamente con la obra creadora de Dios, que es la casa común”; buscar la promoción de la cfreación de estructuras en armonía con el cuidado de la creación (cf Amazonía 18). Importa,pues la conversión ecológica, ante el pecado de omisión.